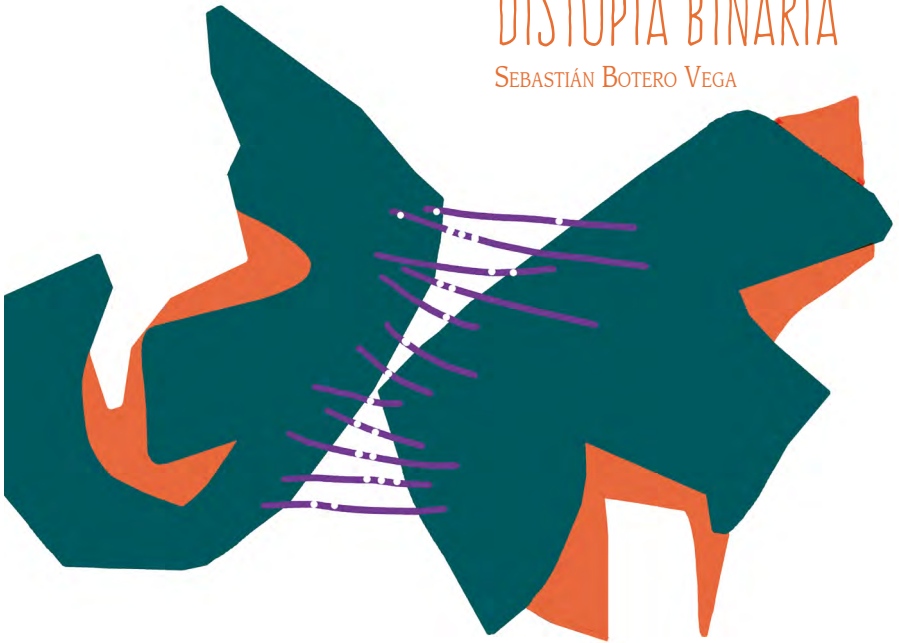


DISTOPÍA BINARIA

SEBASTIÁN BOTERO VEGA



Sombrío y lúgubre campo de batalla iluminado por ráfagas de disparos sin autor reconocible. Bandos alienados por ideologías atestadas de sevicia sin un fin claro, al parecer, tan solo el de corresponder la adrenalina que emana de

su única realidad admisible, la de un oscuro panorama en la que el fulgor de su acción está mediado por la coerción. Su cara plomiza, apenas reconocible por la rojiza esclerótica de sus ojos acostumbrados a largas jornadas de insomnio a raíz de su labor centinela, marcó de inmediato un rasgo sobrecogedor al presenciar la fatídica escena: Jon Colson, su más próximo colega y con quien había compartido interminables charlas en guarnición, desfallecía en la línea horizonte.

—Jon, dime, ¿qué ha pasado?

—Busco sosiego, yo mismo lo hice, lo siento Karl.

—Acaso tú...

—Sí, he atentado contra mi vida, no soporto ya la idea de la omisión de mis recuerdos, sé que al finalizar esta jornada no recordaré nada. Karl, no es una condición digna.

Jon pierde su conciencia, y a su vez da con mucho esfuerzo la última bocanada al cigarrillo que seguro consiguió después de asesinar a un contrario.

A pesar de la genuina impavidez de Karl, las últimas y solemnes palabras de su compañero más cercano le habían sembrado una incertidumbre en lo más profundo de su razón. En su realidad, todos contemplaban un rol dado, pero bien sabía que su insomnio correspondía al hecho de no querer ser reiniciado por el gran algoritmo, entendía que en la alborada de la proyección del siguiente día realizaría nuevas tareas rutinarias encapsuladas en una sinrazón que alguna vez fue el culto fidedigno de la felicidad. Meditabundo y absorto en el origen de la idea infundada por el moribundo Jon Colson, dispuso un

sexto sentido fenomenológico para creer que tal vez había algo más allá.

Karl Tenorious, oriundo de Blisstonia, nació bajo la industrialización utópica de las realidades encapsuladas, la misma que había condicionado el inexorable camino al amnésico destino que día tras día debía soportar. Ocupaba un puesto en distintas realidades que al principio fueron concebidas como el distractor de una grisácea realidad, pero que con el tiempo y paso de las generaciones provocaron un olvido colectivo; nadie sabía su procedencia, recordaban cortos lapsos de su existencia, pero, sobre todas las cosas, no recordaban anteriores experiencias en las realidades impuestas. No existían jerarquías de poder, monedas de cambio o algún generador alternativo de recursos: las realidades encapsuladas eran el único origen, medio y fin tangible.

Despertaba, se cuestionaba si quizá el reinicio diario de sus sentidos era el método por el cual el gran algoritmo reiteraba la misma experiencia a todos, como la idea de un eterno retorno. Pero ya no había caso, no recordaba ya a su compañero de experiencia y debía estar atento a su nuevo rol impuesto. Abrió sus ojos y de un sobresalto cayó de la pequeña cama improvisada de hojas de acanto.

—Tranquilo, héroe, ¿cómo se siente?

—¿Quién es usted? —preguntó Karl con desconfianza.

—Ayer usted y su espada salvaron mi vida, venía del río cuando la orden real intentó atacarme, usted es un valiente, ¿puedo saber su nombre?

—Eso no importa. Dígame, ¿cómo salgo de aquí? —exclamó Karl con un claro enfado.

—Lo siento, yo también soy un rol más.

En ese instante Karl entendió que no era el único individuo con una total aceptación del designio impuesto en su realidad. Así, la sospecha infundada por su amigo tenía una mayor claridad para él, ahora concebía con mayor certeza la razón que le hacía entender que había algo más allá del diario reinicio de sus memorias a raíz de las realidades encapsuladas.

—Disculpe usted, señorita, mi nombre es Karl Tenorious, siento haberme comportado como huraño, solo desperté exaltado y confundido.

—No se preocupe, mi nombre es Tara, y entiendo su sobresaltada expresión, no es fácil despertar sin tener rastros o indicios de lo que ha pasado.

—Sí, lidiar con ello día tras día no es un hábito mental saludable, y aquí estamos de nuevo... Dígame, Tara, ¿cree usted acaso posible el hecho de que nuestro reinicio diario se deba a razones y fuerzas mayores?

—Sea claro, Karl, no ande con rodeos —replicó Tara con marcada sobriedad—. ¿Se refiere usted a un control estatal del algoritmo?

Karl, atónito por las declaraciones sin aspaviento alguno de Tara, respondió con vacilación:

—No, no tanto... es decir...

—¿Tiene usted miedo, Karl? No se preocupe, el algoritmo no tiene control absoluto, créame: diariamente lanzo diatribas

a este sistema y a mi poca adaptabilidad a los roles dados, y hasta el momento no he tenido represión alguna.

—Entiendo —afirmó Karl con suma resignación.

—Le propongo algo arriesgado, Karl. Le cuento: antes del revuelo de las realidades encapsuladas, estudiaba el control programático y binario de los algoritmos que establecen relaciones entre los objetos y sus funciones; sin embargo, al consumir las cápsulas de realidad, tuve que dejar mis estudios y caer profunda en esta estúpida amnésica labor diaria y, ante todo, sobrevivir.

—Pero, ¿cuál es la propuesta arriesgada? —Karl interrumpió.

—Lo siento, tiene usted razón... En fin, antes de pasar el día, necesito que me acompañe a ver las fluctuaciones que he visto en el oriente, sé que algo no anda bien allí y hasta este momento en que lo conozco a usted, siento que posee la misma incertidumbre sobre su existencia que yo. Jamás el algoritmo me ha dotado en un rol con fuerza o siquiera armas, así que lo necesito a usted. ¡Acompáñeme!, vamos a revisar el absurdo de esta realidad.

—Pero... Tara, recuerde que debemos cumplir el rol, soy por lo visto un caballero y usted una campesina, al finalizar esta supuesta simulación debemos cumplir cada quién nuestras asignaciones.

—Acaso eso le importa, Karl, ¿no quisiera satisfacer la duda e ir a buscar una posible respuesta?

—Está bien...

Karl partió con una disposición renuente hacia el oriente, entendió que nadie visitaba la supuesta fluctuación porque nadie desviaba su camino en la imposición de roles, es decir, todos seguían el designio de su arquetipo. Al llegar, después de una larga hora e intrépidas acciones sorteadas bajo el ambiente hostil e inclemente de la fauna y de escarpados caminos montañosos, llegaron a la fluctuación. Era un agujero negro sin fuerza alguna, a través de él podían divisarse millares de códigos que intercambiaban su valor entre 1 y 0, segundo a segundo. No pudieron siquiera acercarse a palpar lo que veían. Karl desenvainó su espada esperando a que sucediera cualquier cosa; sin embargo, Tara entró en un sollozo incontrolable y cayó al piso rendida, como si hubiese recibido la peor noticia de su vida.

—¿Qué pasa, Tara?, ¿qué es todo esto?

—Temía encontrar la verdad, en mí yacía la esperanza de que todo fueran puras suposiciones vacías. Pero no, Karl..., esos códigos que usted ve son la prueba de que nuestro mundo, usted y yo, solo somos una programación con cierta consciencia. En realidad no existimos...

—¿Qué?, no me tome por estúpido y dígame con prisa qué es lo que está pasando aquí.

—Usted y yo teníamos razón, cada quien a su manera... Los códigos que ve son solo un error en la programación, se lo demostraré.

Tara se despojó de un pequeño colgandajo que suponía cierta importancia en su vida y lo lanzó al agujero. El objeto al estar allí se transformó en los mismos códigos que podían percibir y dijo:

—¿Ahora lo entiende? Puede corroborarlo usted mismo, Karl: cualquier realidad palpable está compuesta por estos códigos, que no son más que la programación binaria de esta simulación. No somos reales, concretamente no existimos.

—Pero, ¿cuál es entonces nuestra razón de ser? Tara, no puedo creerlo. ¿Quiere usted decir que tengo recuerdos de eventos que jamás pasaron?

—Karl, no tenemos razón, alguien nos maneja. Es más, puede que esta conversación que usted y yo tenemos estaba dispuesta ya por algo más... y además, nada ha pasado, todo ha sido programado.

Así, Karl y Tara, sumidos en una sublime tristeza de quien encuentra el origen y la razón de su existencia, se toman de la mano y se lanzan al gran abismo binario volviendo al código fuente que posiblemente les dio vida. Partieron sin dejar rastro alguno, comprendiendo además que su existencia estuvo siempre articulada por una fuerza mayor, un control panóptico de su realidad y de sus acciones.

